

Presentación

¡Ey!, ¿qué tal, cómo va todo?

Mira, voy a intentar explicarte algunas cosas acerca de mí misma, a ver si te parecen interesantes.

Soy Cristina.

O eso parece ser que dice el autor.

No sé bien si es verdad o no. No importa. Asumo ese sistema cultural de interpretación que es un nombre propio.

Ya te digo algo como para ir empezando: «Yo no soy yo». Reconozco que esto es un poco bastante fuerte y lioso. Pero parece seguro, tal y como vas a ver enseguida.

Entonces, si no soy yo ¿quién soy?

Pues quisiera presentarme. Lo malo es, ya ves: puede ser que haya perdido la memoria o los recuerdos; no estoy segura. O tal vez mi identidad ha desaparecido; tampoco lo sé. Ni siquiera tengo ni idea de lo que es eso, la identidad. ¿Y tú?

Hablo en femenino porque creo ser una mujer. Miro mis manos, toco mi cuerpo, y sí, todo parece eso, de mujer, de chica, de señora. Tengo tetas y coño. Eso ya es una pista. Creo.

No sé mi edad con exactitud. No debo de ser jovencísima pero tampoco demasiado mayor a tenor del aspecto de mis manos y de mis tetas; bastante tersas, se mantienen muy bien, o sea, no se caen ni tienen estrías. No son muy grandes y sí bastante redonditas y

con sus pezones en el punto justo y mirando, inmodestos, al frente. Mis piernas también parecen ser femeninas y donde se juntan tengo un hermoso chocho con sus labios mayores y menores, su clítoris y todo lo demás bien colocados. Tanto las piernas como los pelos del mencionado chocho están depilados conforme a las reglas estéticas que intuyo que están en vigor. El coño, sus pelos, en estilo triángulo. Entonces ya está muy, muy, muy claro: al menos desde un punto de vista biológico, o corporal si queremos decirlo así, soy una mujer.

Creo vivir en Valencia; una ciudad española al lado del mar Mediterráneo de aproximadamente un millón de habitantes, casi equidistante por el norte con la más conocida ciudad de Barcelona, donde se celebran los Juegos Olímpicos en el año mil novecientos noventa y dos y se bailan sardanas por las plazas; y por el noroeste con Madrid, la capital de España, conocidísima, claro. Ahí viven los reyes, los ministros y los obispos más importantes del país. Esto lo voy sabiendo —¿recordando?— conforme escribo. Sí, cuando me he dado cuenta de eso, de que no sé quién soy, algo en mi interior me ha sugerido: «Ponte a escribir y lo irás descubriendo poco a poco».

Y eso hago. El problema es: «Si no sé nada de mí ni de lo que hay a mi alrededor (lo de Valencia lo intuyo porque huele a mar Mediterráneo y a paella y hace muy buena temperatura), entonces ¿sobre qué escribo?». Le pregunto a mi interior y me dice:

—Invéntatelo; invéntate una identidad, unas circunstancias, una escenografía, un guion cinematográfico si es menester, una sinopsis, un resumen; construye un personaje y una narración con posibilidades de ser reales. No es preciso que lo sean. Escríbelos, descríbelos, represéntalos y estate atenta a lo que pasa. Tal vez durante el proceso recuperes tu yo. Has perdido totalmente el norte. Eso sucede muy pocas veces; pero sucede. Créeme.

—¿Estoy loca? —le pregunto.

—No es así tal cual. Te he de confesar que si consultaras con un psiquiatra te diría: «Sí», y enseguida te drogaría con haloperidol o similar, te haría un electroshock, te pondría una camisa de fuerza y te internaría en un hospital mental de por vida. Pero yo, como tu interior, no puedo permitir eso. Eres muy joven y te queda mucho por delante. No puedes estar encerrada el resto de tus días.

—Pero ¿qué interés puede tener para la gente lo que yo escriba? ¿Será eso mi vida?

—Sí, justo eso. Y lo interesante de la misma no será lo que tú quieras, sino lo que tú puedas darle; no se trata de voluntad, sino de sentido. No, en contra de lo que se dice por ahí, sobre todo en los famosísimos libros de auto ayuda, querer no es poder. Y el sentido dado a lo escrito ha de ser interesante para ti. Debe de ser verdadero para ti. Yo nunca te calificaré por eso. En verdad yo no te juzgo por nada, puedes estar muy muy tranquila.

»Lo del interés de tu vida; o sea, otorgarle un sentido más o menos concreto y creíble, no es fácil. La inmensa mayoría de existencias no tienen ninguno. O sí; todo puede ser. A veces las que narran, por ejemplo, Stephen King, Milan Kundera, Juan José Millás, Javier Marías, o Boccaccio en *El Decamerón*, o *Las mil y una noches* (anónimo), o Franz Kafka, o *La Biblia*; todas ellas —las existencias, repito, solo como ejemplos— son bastante interesantes; esas sí. Pero en muchas otras ocasiones las demás vidas no valen nada, no ofrecen ningún rédito, beneficio, socorro, dinámica, tentación, cambio, revolución, significado o cualquiera de las otras características importantes y esenciales de las cosas que pasan.

—¿Y la realidad?

—Olvídate de eso ahora. Mira, como dice el conocido novelista español (y paisano nuestro, por cierto), el ya citado Juan José Millás, «El territorio de la realidad es la

contingencia, porque en la realidad todo puede suceder o no, y no sabemos de qué depende. Es el caos, no hay ninguna lógica interna en la realidad». ¿Lo entiendes?

—Sí. Creo que sí. Pero no estoy muy de acuerdo. Si no es acerca de la realidad, de las cosas que pasan, ¿de qué hablo cuando empiece a escribir?

—No importa si estás de acuerdo o no. Tú escribe. Escribe como una loca, aunque no lo estés. Inventa, invéntate cosas. Sueña y describe tus sueños. Juega con las palabras creando situaciones creíbles, aun no pareciendo reales; eso no importa lo más mínimo, de verdad. Lo sean o no eso no sirve para nada en el contexto existencial este tan cambiante y asombroso. Nadie escribe con el objetivo de describir la realidad porque no se puede.

»Si alguien lo consiguiera sería como Dios, lo sabría todo, ¿me explico? Busca una buena libreta, lo más gorda posible —gordísima si puede ser—, y unos cuantos lápices de la más alta calidad y ponte a escribir ya de inmediato, por favor. No pierdas ni un minuto. El tiempo es oro. Mejor dicho, vida.

—¿Tú me ayudarás?

—No. Yo estaré ahí más o menos mucho tiempo; pero ya no volveremos a hablar jamás. Esto es una introducción y aquí, en este tipo de pasajes literarios, está bien dar habla a nuestras voces internas. Pero en la realidad no la tienen. O sea, me sentirás, pero no me oirás. Reconozco que esto es muy raro, porque lo no dicho no existe. Yo no vivo más que como una fuerza interior inexplicable y, sobre todo, intermitente; a veces me hago presente y otras no. Pero nunca hablo. Ahora estoy haciendo una excepción.

—Te contradices. Has dicho «Pero en la realidad...» y, por otro lado, afirmas que la realidad no existe.

—No me toques las putas narices y no intentes buscar falacias en mi discurso. No, yo no he dicho eso; en todo caso ha sido Millás, que tampoco. Él no dice que la realidad no

exista; afirma: «Es caótica e ilógica». No es lo mismo, me pensaba que lo habías entendido, listilla.

—Sí. Bueno, más o menos. Quiere decir: «Nunca se puede saber lo que va a pasar», ¿es eso?

—Afirmativo. En parte es así y eso tiene relación con algo conocido como la incertidumbre, o sea, absolutamente nadie sabe lo que va a pasar absolutamente dentro de cinco minutos, ¡mucho menos dentro de un año, por ejemplo! Las cosas eso, absolutas, no existen, si bien pareciera todo lo contrario en este mundo que pretendemos sea tan ordenado y equilibrado. Sin embargo, tengo una fuerte, fortísima, impresión: «Tu caso es diferente».

—¿A qué te refieres?

—Tú sí vas a saber algunas cosas; ya lo verás.

—Me dejas intrigada...

—Eso no es malo; ni malo ni bueno. Eso es y será. Según vayas escribiendo pronto te darás cuenta de esto: «Tienes algunas capacidades diferentes; eres distinta al resto de personas del mundo mundial».

—Pero yo no sé cómo son el resto de personas del mundo mundial. Nunca las he conocido.

—Ya lo irás viendo, chica. No te preocupes ahora por esas minucias insignificantes, no te agobies.

—Bueno, confío en ti ¿de acuerdo?

—Sí. Pues entonces haz, ponte a escribir ya. Yo voy a ir cerrando mi boca que tengo más cosas que hacer.

—¿Como qué?

—Controlar y equilibrar tu organismo. Tu corazón, tus pulmones, tu cabeza; entre otros. Por eso estoy dentro de ti.

—¿Y cómo empiezo a escribir si no tengo tus palabras?

—Pues hazlo de una manera más o menos tradicional.

—No conozco ninguna tradición —poniéndome muy triste.

—Espera, espera. Tranquila. ¿Cómo empiezan la inmensa mayoría de las narraciones reales y también las irreales?

—Pues presentando a los protagonistas, supongo; pero no sé quiénes son, no tengo la menor idea.

—Sí sabes quién es una de las protagonistas.

—¿Yo?

—¡Justo! Has dado en el clavo.

—Entonces ¿empiezo presentándome a mí misma?

—Eso es.

—Pero si no sé quién soy... —sollozando—. Ya he empezado este capítulo intentándolo y me hago un gran lío...

—Va, no llores. Ya te lo he dicho: imagínatelo, sueñalo, invéntatelo; tu imaginación, tu sueño, tu invención serán tú misma.

—¡Joder! No acabo de tenerlo claro, de verdad. Esto es muy difícil, tía —sorbiéndome los mocos.

—Mira, piensa una cosa: «Nadie acaba de tenerlo claro del todo nunca». Es cierto que casos como el tuyo hay muy pocos, poquísimos. Pero nadie sabe quién es, ¿y? Se lo imaginan, lo sueñan, lo inventan. Al final tú vas a hacer lo mismo en la práctica. No

exactamente igual porque el resto de personas tienen unos antecedentes, ciertas referencias; saben dónde han nacido, saben quiénes son sus padres y todo eso. Creen que son como son gracias a sus genes, o a que Dios las ha creado así. Y a partir de ese conglomerado de dogmas es cuando conciben todo lo demás. Inventan su pasado, inventan su presente, inventan su futuro y hacen de la creencia su verdad: la historia de sus vidas. Mas tú partes de cero sin posibilidad de reparación y desde ahí irás encontrando el norte. Algún día serás tú; serás tú misma. ¿Cuándo? No lo sabemos, no me lo preguntes; pero antes o después todo llegará, te lo aseguro.

—¿Te puedo preguntar dos cosas más?

—Adelante; pero ya serán las últimas.

—¿Cuándo me moriré?

—No lo sé. Y si lo supiera no te lo diría. Siguiente pregunta.

—Nada, no, ... se me ha olvidado...

Sí, soy Cristina. Como mi nombre y lo escrito en mi intento de presentación de hace un ratito indican más o menos, pertenezco al género femenino. Y parece ser que tengo veintinueve años o por ahí.

Dejémoslo así si eso para entendernos de momento. Es una edad bastante cercana a la realidad sea la que sea, que todavía no lo sé ni tengo idea de si lo averiguaré algún día de estos o cuando corresponda. Da igual.

Hace ya bastante tiempo voy dándome cuenta de que sobre todo me gustan las mujeres. O sea, las personas de mi mismo sexo. Vamos, dicho en román paladino: soy bollera, marimacho, machota, camionera, machona, tortillera, o alguna de esas «bonitas» palabras que me he oído y percibido a tutiplén tantas veces. He dicho «sobre todo» porque alguna

vez, pocas, también me he tirado a algún tío y no me ha disgustado del todo. Pero tampoco me ha encantado mucho, en serio.

Eso no tiene la más mínima importancia. O tal vez algún rato sí. Pero no he venido aquí, a los lápices buenos y a la libreta gorda que, curiosamente, tengo a mano en mi casa, para contar historias tristes relacionadas con mi sexualidad. Ni alegres.

No tengo memoria de las cosas de la vida ni de su esencia.

Lo que empiezo a escribir ahora tal vez tenga algún objetivo; eso parece decirme mi voz interior; si bien no es voz porque no tiene habla. Solo la ha tenido un poco de rato, en unos párrafos anteriores que no sé si son como una introducción a esto; ya debes de haberlo leído. Y como has entendido, me dice: «Escribe». Le hago caso y aquí estoy.

Creo tener súper poderes sobrenaturales. Parece ser que puedo leer tu mente y la de mucha más gente.

Ya de bien pequeña me doy cuenta; como en lo de que me gusten las chicas, también en esto soy diferente. El problema es que mis poderes no aparecen cuando yo quiero, más bien se hacen presentes por su propia voluntad. O sea, por ejemplo, en este justo momento cuando estás leyendo este libro y por tanto has contactado conmigo, estoy viendo lo que piensas y más cosas que están pasando por todo tu ser de persona humana. Y, además, no veo únicamente lo de ahora, sino también en verdad toda tu vida pasada, presente y futura. Pero esto no me ocurre con todo el mundo, como te explico más o menos en el párrafo siguiente.

Párrafo siguiente:

Esto es muy pesado. No por ti, ¿eh?, no me malinterpretes. Es porque apenas puedo dormir y nunca puedo concentrarme en algo; siempre estoy ocupada en la vida de los demás y no tengo tiempo para la mía, para leer mi propia mente, ¿me entiendes? Tal vez ese es el motivo de haber perdido el norte tal y como me diagnostica mi interior. Eso sí, como digo, por fortuna no veo las vidas de todo el mundo; solo las de personas con las que me relaciono en algún momento, como he hecho contigo cuando has abierto este libro. Eso ya te lo he contado. Y no me pasa con todas las gentes; solo de manera especial y directa con las que mis poderes deciden. No sé si eso es aleatorio o tiene un sentido; pero sí es cierto que con quienes me relaciono mentalmente, como tú, sois personas afortunadas, me atrevo incluso a decir venturosas, ya lo verás. Ten en cuenta que la fortuna no libera a nadie de pasar algún que otro mal rato, te lo aviso. Bueno, aunque te lo advierta también te digo que no vas a poder librarte de mí, de mi clarividencia ni de mis poderes adivinatorios con facilidad.

Sí, ahora mismo estoy viéndote. Sé dónde estás, qué ropa llevas, cuándo hiciste el amor por última vez, qué has tomado para desayunar. También sé que te estás diciendo más o menos: «Todo esto es mentira, es una novela y ya; es una invención, y la realidad es otro orden de cosas», ¿a que sí? Pero ya te digo: «Veo tu futuro» (además de tu presente y tu pasado) y sé, entre otras muchas vicisitudes, que durante el día de hoy, cuando ya no estés leyendo y te ocupes con otros asuntos, cuando estés en soledad, en algún momento tendrás la sensación de que estoy ahí contigo mirando lo que hiciste, lo que haces y lo que harás; también lo que pensaste, lo que piensas y lo que pensarás; así como lo que sentiste, lo que sientes y lo que sentirás. Y te girarás y me buscarás porque la sensación será muy fuerte y real, aunque sigas opinando: «¡Vaya chorrada!; es solo una novela». Darás un respingo, pero no me verás. Te asustarás, tal vez decidas no seguir leyendo esto porque las

consecuencias estarán siendo un poco delirantes y sentirás que la locura se ha instalado en tu ser.

¿Continúas leyendo? Eres muy valiente...

¿Estoy majara? Es muy posible; aunque no hay un diagnóstico oficial al respecto sellado por el Colegio de Médicos u otra entidad gubernativa con capacidad científica o legislativa suficiente para eso.

No es posible; lo estoy. Sí. Definitivamente sí.

Existir viviendo siempre todas estas historias y muchas más hace que mi estado mental sea algo parecido al de la locura. Por supuesto no voy a ningún psiquiatra cerebral ni nada similar; sé que lo mío no tiene solución y no quiero estar drogada, atada y encerrada de por vida, como ya me ha advertido mi interior. Y además, en cierto modo me he acostumbrado a este desbarajuste; ya son bastantes años viviendo la vida de los demás y sin tener ni puta idea de quién soy yo.

En estas circunstancias, como te podrás imaginar, a mi edad jamás he tenido pareja así en serio y de verdad. Nadie me aguanta. He salido con varias chicas, pero las relaciones no me duran ni dos semanas, ya ves. En alguna ocasión incluso me he enamorado; mas la mayoría ha sido sexo y ya está.

Eso de la edad que he dicho antes ha sido porque me da la realísima gana; en verdad no sé seguro los años que llevo en este mundo; pero puedes imaginar por dónde debe de ir la cosa, eso, unos veintinueve. Como ya te he comentado hace un rato. Perdona, no quiero hacerme pesada. Pero así vamos apuntalando mi historia, si te parece bien.

Recuerdo un amor importante: Gabriela. ¿Ves?, eso sí. Está buena buena y follamos súper a gusto; me enamoro de ella. Cuando me deja lo paso bastante mal. Aunque durante la relación ya pienso: «Esto no acabará bien» y asumo la responsabilidad. Además, ¿cómo fiscalizar la emoción del amor? Es incontrolable. Así, cuando Gaby me deja —duramos veintiún días; la relación más larga de mi vida— lo soporto bien, pero con mucho sufrimiento interno. Me baja la regla quince días antes de lo habitual, aguanto y a seguir *p'alante*.

Claro, ¿cómo se puede mantener una relación con alguien como yo, siempre desvariando, capaz en un solo minuto de cambiar de ideas tres veces como si nada, con quien es imposible mantener una conversación coherente y que en caso de ir al médico la encerrarían para siempre?

Lo entiendo. Entiendo no ser querida por nadie.